

*Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil**

Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Universidad de São Paulo

IAun cuando los procesos de modernización de la crítica literaria en el Brasil y en la Argentina se inscriban en tradiciones intelectuales y organizaciones académicas distintas, algunas circunstancias comunes permiten aproximarlos. Entre éstas, enfatizaremos en este texto el hecho de que en los dos casos, y casi al mismo tiempo, la crítica literaria se acercó a la sociología, esforzándose por obtener un estatuto más científico del que había detentado hasta aproximadamente la primera mitad del siglo XX.

De hecho, entre las décadas de 1950 y 1960 los polos más dinámicos de la crítica literaria en los dos países se renovaron mediante la incorporación de instrumentos teóricos provenientes de la sociología, pese a la tensión existente entre tales orientaciones y las que defendían un análisis estético del texto literario. Además, en ese período las dos disciplinas enfrentaron temáticas convergentes, relativas, sobre todo, a los problemas de la formación y la modernización de la sociedad y de la cultura en los dos países. En tal dirección, a ambos lados de esas fronteras disciplinarias se desarrollaron programas de investigación y estilos de trabajo innovadores (y ambiciosos). Si en la sociología Florestan Fernandes y Gino Germani fueron las figuras prominentes de ese proceso, sus principales líderes intelectuales e institucionales, papel análogo en la crítica literaria sería cumplido por Antonio Candido y Adolfo Prieto en el Brasil y la Argentina, respectivamente.

Esta afirmación no despertará dudas en lo que respecta al papel desempeñado por Antonio Candido en el Brasil, pero tal vez sí respecto del que logró concretizar Adolfo Prieto en la Argentina. De hecho, la obra y la actividad intelectual de Antonio Candido fueron crecientemente valorizadas en las últimas décadas del siglo XX, y aun más a medida que el autor se distanció de las disputas y de las polémicas en las que se envolvió, así como de las críticas que recibió hasta mediados de la década de 1980. Tal itinerario es revelador del éxito del emprendimiento académico que llevó a cabo, que tuvo como soporte su prolongada actuación en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo (FFCL-USP), especialmente al frente de la cátedra de Teoría Literaria y Literatura Comparada, desde 1961 en adelante, en la que

* Este trabajo forma parte de una investigación en curso que tiene como eje una comparación de los procesos de fundación de la sociología en el Brasil y la Argentina. Agradecemos a Heloisa Pontes, Sérgio Miceli y Jorge Myers los comentarios a una versión preliminar del texto y el estímulo a su publicación.

reunió a un grupo destacado de profesores e investigadores, algunos muy reconocidos posteriormente, como Roberto Schwarz, Davi Arrigucci Jr. y Walnice Nogueira Galvão. En el caso de Adolfo Prieto, a pesar del alto nivel y del alcance de su producción académica, la evaluación de su obra y del liderazgo intelectual que ejerció, aun cuando fue siempre favorable, nunca resultó en una consagración equivalente.

Quien más se aproximó a ese nivel fue David Viñas, considerado hasta hoy por la mayoría de los investigadores como el principal artífice del proceso de renovación de la crítica literaria argentina entre las décadas de 1960 y 1980. Con todo, una comprensión más detenida de la carrera de Prieto (y de las circunstancias en las que se desarrolló), comparada con la de David Viñas y otros críticos destacados de la misma generación –como Jaime Rest, Rodolfo Borello, Enrique Pezzoni y Noé Jitrik, entre otros– revela que fue él quien más se empeñó (y logró concretizar) en una reconstrucción sistemática y ampliada de la literatura argentina, no sólo por medio de su obra individual, sino también por los diversos proyectos colectivos que dirigió, entre los que se destaca su participación decisiva (concepción, redacción de algunos textos y supervisión de casi todos los artículos redactados para la obra) en el proyecto que originó una de las más exitosas historias de la literatura argentina, *Capítulo. La historia de la literatura argentina* (1967/1968). Pero a su vez, y a diferencia de David Viñas, que se dedicó tanto a la crítica literaria y a la literatura propiamente dicha como a otras formas de creación artística, Adolfo Prieto construyó toda su carrera en el interior de la universidad, dedicándose integralmente a la realización de un programa de investigación (extremadamente renovador en el contexto en que surgió) sólidamente apoyado en instrumentos analíticos oriundos de la sociología y del psicoanálisis, y menos interesado en la evaluación estética de los textos. Tales aspectos justifican el énfasis conferido a ese autor en el argumento desarrollado en este artículo.¹

Un primer elemento para entender el éxito más bien relativo del programa de investigaciones liderado por Adolfo Prieto se relaciona con la centralidad más prolongada, en relación con el caso brasileño, detenida por la literatura en el campo intelectual argentino durante el siglo xx. En esa configuración, por lo menos hasta el final de los años setenta, las posiciones dominantes del mundo literario estuvieron ocupadas por los propios escritores y apenas secundariamente por los críticos. Como contrapunto, típicamente, en Brasil la crítica como actividad desarrollada profesionalmente en el interior de la universidad y, fuera de ella, en los principales suplementos literarios del país, se impone progresivamente, sobre todo a partir de 1950, como instancia reconocida de arbitraje de la producción cultural y literaria, lo que ocurrirá en la Argentina más o menos treinta años más tarde. Más allá de eso, no sólo Adolfo Prieto sino todo el grupo de *Contorno* debió enfrentar una tradición académica muy prestigiosa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFYL-UBA, donde Prieto se formó, pero jamás enseñó), establecida durante la permanencia (1927-1946) del crítico español Amado Alonso al frente del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, autor que enfatizaba un análisis interno de los textos literarios. Eso tal vez explique, por lo demás, el hecho de que ninguno de los críticos de *Contorno* haya enseñado en la UBA. En efecto, la inserción profesional de todos ellos en las décadas de 1950 y 1960 se dio en las universidades menos

¹ Ciertamente, Borello, Jitrik, Rest y Pezzoni también desarrollaron una carrera académica y escribieron sobre literatura argentina; sin embargo, en su producción crítica no incorporaron de la manera en que lo hizo Prieto los instrumentos de la sociología al análisis literario y al proyecto de una historia social de la literatura. Esto último explica la selección de Prieto como parámetro para examinar la relación entre crítica literaria y sociología, objeto de este trabajo.

prestigiosas del interior del país, lo que ciertamente limitó el alcance de los proyectos que intentaron desarrollar. En la Universidad de San Pablo (USP), en cambio, y hasta inicios de los años sesenta, no se consolidó ninguna corriente de análisis predominante. Igualmente, ningún liderazgo académico se impuso claramente hasta ese momento en la carrera de letras. Tales circunstancias favorecieron, a partir de entonces, un movimiento de renovación encabezado por Antonio Candido en la cátedra de Teoría literaria y literatura comparada de la USP.

II

Según una imagen más o menos generalizada, en la Argentina la crítica literaria habría precedido a la literatura,² pues sus primeras expresiones, surgidas en el último cuarto del siglo XIX, se dieron en un momento en que la literatura todavía no había madurado como un sistema. De todos modos, algunas décadas antes que en el Brasil, la enseñanza de las letras fue institucionalizada académicamente con la creación de la FFYL (1896). Es necesario mencionar otros dos hechos por su importancia en la constitución ulterior de la crítica en este país. El primero se refiere a la creación de la revista *Nosotros* (1907-1934, 1936-1943); el segundo se liga a la institución de la cátedra de Literatura argentina (1912) en la FFYL, que sería dirigida por Ricardo Rojas. Además de la universidad, de *Nosotros* y de otras revistas, la prensa diaria, principalmente el diario *La Nación*, fue decisiva, no tanto para la gestación de una crítica más vigorosa, sino, y sobre todo, para el desarrollo de la crítica de circunstancia, así como para una profesionalización de la actividad.

Tal vez sea posible caracterizar a *Nosotros* como una revista de “críticos literarios” si contraponemos a ella la publicación que la sucedió como eje del campo intelectual argentino a partir de la década de 1930, *Sur*, entendida ésta, en contrapunto, como una revista de “escritores”.³ Pese a su carácter algo caricaturesco, tal vez ésa sea una buena pista para entender una de las líneas de fuerza que estructuraron la vida literaria en este país durante el siglo XX. Los fundadores de *Nosotros*, e hijos de la inmigración masiva, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti eran jóvenes egresados de la FFYL, con 25 y 20 años, respectivamente. La revista, que tenía periodicidad mensual (se publicaron 390 números), reunía a numerosos colaboradores provenientes de distintos círculos sociales e intelectuales.

Casi al mismo tiempo, o sea, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX, y en el interior de la FFYL-UBA, prevalecía el intento de historiar la literatura argentina, por iniciativa directa de Ricardo Rojas, al frente de la cátedra de Literatura argentina (1912). De ese programa nació la obra *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, cuyos volúmenes fueron publicados entre 1917 y 1922, en sintonía con el clima del nacionalismo cultural que marcó el Centenario. Esa dirección inaugurada por Rojas tendría

² Graciela Perosio y Nannina Rivarola, “Ricardo Rojas. Primer profesor de literatura argentina”, en *Historia de la literatura argentina*, vol. 3: *Las primeras décadas del siglo*, Buenos Aires, CEAL, 1981, pp. 217-240.

³ Ciertamente, *Sur* reclutó entre sus colaboradores a profesores e investigadores como Francisco Romero, Amado Alonso, Raimundo Lida y Ángel Battistessa y, más tarde, a Ana María Barrenechea, Enrique Pezzoni y Jaime Rest, pero la revista actuó más como una plataforma de promoción del escritor que de difusión de trabajos especializados. Véase John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, México, FCE, 1989, pp. 114-115.

continuidad inmediata en el Instituto de Literatura Argentina que dirigió, y posteriormente en las distintas reconstrucciones realizadas, especialmente las que dirigieron Rafael Arrieta, titulada *Historia de la Literatura Argentina* (seis volúmenes, publicados entre 1958 e 1960), y Adolfo Prieto, *Capítulo. La historia de la literatura argentina* (1967/1968). También es posible inscribir en esa tradición (a pesar de su carácter ensayístico y polémico) *Literatura nacional y realidad política* (1964), de David Viñas.

El efecto acaso más agudo de la organización académica de la enseñanza y de la investigación en Letras derivó también de una acción directa del propio Ricardo Rojas, que concibió y creó el Instituto de Filología en 1923, cuando era decano de la FFyL. A partir de contactos establecidos con el español Ramón Menéndez Pidal, entonces director del Centro de Estudios Históricos de Madrid, organizó una misión extranjera, cuyo principal representante sería Amado Alonso. Su actuación prolongada al frente de ese instituto implicó una transformación profunda de los estudios literarios en la Argentina, en adelante apoyados en métodos sofisticados de análisis interno de los textos.⁴ Con la colaboración estrecha del dominicano Pedro Henríquez Ureña, formó un grupo de investigadores destacados, como Ángel Battistessa, Raimundo Lida, Enrique Anderson Imbert, María Rosa Lida de Malkiel, Raúl Héctor Castagnino y Emilio Carilla, entre otros.

A partir de lo dicho, es posible vislumbrar el cuadro que resume el universo de la crítica argentina en la primera mitad del siglo XX, apoyada en la prensa diaria, en las revistas culturales y en la universidad –aun cuando esas tres instancias se relacionen íntimamente, cada una de ellas promueve un tipo diferenciado de trabajo intelectual, definido por los condicionamientos impuestos por el sistema académico, en un caso, y por los que regulan la vida cultural y literaria propiamente dicha, en los otros dos–. En el interior de la universidad, como ya fue indicado, se establecieron dos tradiciones claramente diferenciadas: una, volcada hacia la historia literaria, la otra, apoyada en la filología y en la estilística. Fuera de la universidad, además de la crítica regular en los diarios, las revistas divulgaban novedades y eran centro del debate más encendido sobre la vida literaria en curso. Mencionamos *Nosotros*, desafiada en la década de 1920 por las revistas de vanguardia y desplazada posteriormente por *Sur*. En esta última, dominada por una aristocracia social y literaria capitaneada por Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges, la crítica sería practicada, principalmente, por los propios escritores (como lo hiciera Lugones anteriormente) o por críticos afinados con la percepción de aquéllos, que reivindicaban para sí mismos (y no para los críticos propiamente dichos) el papel de árbitros del mundo cultural.⁵

La hegemonía cultural ejercida por la revista *Sur* durante más de veinte años comenzó a declinar en la década de 1950, entre otros factores debido al clima político que envolvió la caída del peronismo (1955), deshaciendo la relativa unidad de la comunidad intelectual y artística que había prevalecido desde 1946. En ese contexto, surgieron las revistas *Centro* (1951-1959) y *Contorno* (1953-1959). Aun cuando la segunda haya merecido mayor atención por parte de los investigadores y haya quedado marcada en el imaginario intelectual como el nú-

⁴ Ana María Barrenechea y Élica Lois, “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 473-474, 1989, pp. 81-91, y Ana María Barrenechea, “Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina”, *CAUCE, Revista de Filología y Didáctica*, N° 18-19, 1995/1996, pp. 95-106.

⁵ A este respecto, los conocidos desafíos –y las burlas– de Borges hacia Ricardo Rojas, Américo Castro (y el mismo Amado Alonso, a quien consideraba un pedante) son expresivos de una disputa entre literatos y críticos acerca de la autoridad legítima para pronunciarse sobre cuestiones literarias. Véase John King, *Sur...*, *op. cit.*

cleo de una generación innovadora, la primera fue igualmente importante en aquel momento, pues como órgano oficial del Centro de Estudiantes de la FFyL-UBA, reunió un contingente más amplio de participantes y de orientaciones intelectuales. En esa dirección, incorporó estudiantes que no participaron de *Contorno*, pero que se proyectarían más tarde, como Jaime Rest (que sería profesor de la UBA) y Rodolfo Borello (que entre 1956 y 1976 enseñó en la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza). Además, *Centro* contó con la participación (como organizadores o colaboradores) de jóvenes estudiantes que en la década siguiente migrarían a la carrera de sociología, entonces liderada por Gino Germani. Ése fue el caso de Eliseo Verón, Miguel Murmis, Celia Durruty, Gerardo Andújar, Darío Cantón y Regina Gibaja, entre otros. Vale la pena destacar el hecho de que Adolfo Prieto participó más activamente de *Centro* que de *Contorno*. En la primera, integró el consejo de redacción desde 1953 y publicó tres artículos, además de una pieza de teatro.⁶ En la segunda, figura en el comité de dirección sólo en los años 1957 y 1958, cuando fueron editados los dos *Cuadernos de Contorno*, y en el último número 9/10 de la revista, en 1959, y publicó una reseña y un artículo político.⁷

Concebida por los hermanos Ismael y David Viñas, *Contorno* fue una derivación de *Centro* (casi todos sus integrantes participaron de esta última). Integrada por un grupo más restricto de colaboradores,⁸ acentuó algunas tendencias ya presentes en *Centro*, interrogando el significado de la literatura en el país, proponiendo un nuevo canon y cuestionando los criterios movilizadores por la crítica literaria hasta entonces.

Durante la segunda mitad de la década de 1940, casi todo el grupo de *Contorno* estudió en la FFyL, entonces bajo intervención peronista, cuando muchos profesores renunciaron o fueron cesanteados. Tal hecho implicó un desplazamiento de la vida intelectual de la universidad hacia instituciones privadas, como el Colegio Libre de Estudios Superiores y, en consecuencia, un declive de la calidad de la enseñanza universitaria. En la carrera de Letras, específicamente, ese momento marcó la marginalización de la estilística, perspectiva predominante desde fines de los años de 1920, cuando el español Amado Alonso asumió la dirección del Instituto de Filología en la UBA. Según el testimonio de varios de los miembros de *Contorno*, lo más estimulante de su experiencia universitaria de esos años no habrían de encontrarlo en el recinto de las aulas, sino en la sociabilidad efervescente de los cafés y de las librerías situados en el entorno de la facultad, en la *calle* Viamonte y sus alrededores.⁹

Adolfo Prieto llegó a Buenos Aires en el momento preciso de ese viraje, el año de 1946. Tenía entonces 18 años y casi ningún capital cultural. Su padre, inmigrante español, había llegado a la Argentina en 1913 y después de trabajar algunos años en la cosecha de trigo en Córdoba, consiguió montar una pequeña industria de dulces en la ciudad de San Juan, donde se casó con una hija de inmigrantes, también españoles. La decisión de estudiar letras no fue bien recibida por el padre, que, convencido por su esposa, decidió finalmente sustentar finan-

⁶ Sus colaboraciones fueron: “Nota sobre Sábato”, *Centro*, Año 2, N° 4, diciembre de 1952, pp. 10-13; “En la cima del Monte Ararat: bosquejo dramático”, *Centro*, Año 3, N° 5, mayo de 1953, pp. 37-45; “Hacia una biografía de Sarmiento”, *Centro*, Año 3, N° 6, septiembre de 1953, pp. 3-5; “Borges, el ensayo crítico”, *Centro*, Año 3, N° 7, diciembre de 1953, pp. 9-19.

⁷ Sus colaboraciones fueron: “A propósito de *Los Ídolos*”, *Contorno*, N° 1, noviembre de 1953, p. 5, y “Peronismo y neutralidad”, *Contorno*, N° 7/8, julio de 1956, pp. 28-31.

⁸ Ramón Alcalde, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Adelaida Gigli, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Regina Gibaja, Oscar Masotta, Francisco J. Solero y Rodolfo Kusch.

⁹ Juan José Sebreli, *Las señales de la memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

cieramente la formación universitaria de Adolfo. Su origen provincial condicionó, probablemente, su inserción marginal en el grupo de *Contorno* y la opción posterior por la carrera académica, a la cual consagraría toda su vida.

La relativa unidad programática de la revista tenía como referencia, en primer lugar, el hecho de que todos tenían más o menos la misma edad (nacieron hacia el final de la década de 1920). En segundo lugar, se conocieron y convivieron en la facultad, sobre todo por medio de la militancia académica y política en el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFYL), que entonces asumía una posición claramente antiperonista. La mayoría de ellos comenzó a escribir y ganó alguna experiencia editorial en la revista *Centro*, revista oficial del CEFYL. Tales trazos y experiencias comunes, entretanto, recubrían diferencias sociales importantes entre los miembros de *Contorno*, ciertamente relacionadas con las subdivisiones del grupo, que reflejaban la expansión del ingreso universitario durante los años del gobierno peronista (1946-1955) y un cambio significativo en el reclutamiento social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, y en particular de la FFyL. Entre 1947 y 1955, el ingreso universitario casi se triplicó, pasando de 51.272 a 143.542 matriculados.¹⁰ En relación con el reclutamiento social, Gino Germani registró para 1956 una apertura significativa en el sistema de enseñanza superior para los sectores “medios inferiores” y “populares”. En la FFyL, un tercio de los estudiantes provenía de estos últimos.¹¹

Los hermanos Viñas eran los más dotados socialmente. Esa condición inscribió en ellos disposiciones más osadas, relacionadas con la militancia política y las aspiraciones intelectuales del padre, abogado oriundo de una familia tradicional y estrechamente ligado al gobierno de Hipólito Yrigoyen en los años de 1920.¹² La muerte precoz de la madre y otras circunstancias adversas posiblemente los predispuso a seguir caminos menos convencionales. Ese cuadro vale, sobre todo, para David, que se arriesgó de manera exitosa en los dominios del ensayo crítico, la ficción y el cine entre las décadas de 1950 y 1960. De tal modo, *Literatura argentina y realidad política* fue, a pesar del éxito que alcanzó en el ámbito de la crítica literaria, sólo una de las direcciones que siguió como artista e intelectual. De hecho, antes de la edición de ese libro, ya había publicado nada menos que seis novelas: *Cayó sobre su rostro* (1955), *Los años despiadados* (1956), *Un dios cotidiano* (1957), *Los dueños de la tierra* (1958), *Dar la cara* (1962) y *Las malas costumbres* (1963). Cabe destacar el éxito de su carrera como novelista, certificado en 1957 con el Premio Gerchunoff por *Un dios cotidiano* y, en 1962 con el Premio Nacional de Literatura por *Dar la cara*.¹³ A la luz de esto último, se comprenden mejor el tono ensayístico de *Literatura argentina y realidad política*, así como la sensación que se tiene al leerlo de los esfuerzos que realiza su autor por inscribirse, él mismo, en la tradición que examina.

¹⁰ Carlos Mangone y Jorge Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 28.

¹¹ Gino Germani, “Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios”, *Centro*, N° 12, octubre de 1956, pp. 34-46.

¹² El abuelo paterno de los Viñas, Antonio Viñas Veneroso, había llegado a la Argentina en 1830 y había logrado cierta posición económica. El padre había sido designado en 1919 como Juez Letrado para mediar en el conflicto entre estancieros y trabajadores de la Patagonia, una experiencia que años más tarde David relataría en *Los dueños de la tierra*. Poco tiempo después, el padre de los Viñas se desempeñó como concejal por la Unión Cívica Radical en la ciudad Río Gallegos, y a comienzos de los años treinta, fue encarcelado en el contexto de la represión política desatada por las autoridades militares que en 1930 derrocaron el gobierno de Hipólito Yrigoyen.

¹³ *Dar la cara* fue adaptada para el cine el mismo año de la publicación del libro (dirección de José Martínez Suárez), en 1962. Para entonces David Viñas ya había escrito varios guiones: en 1958 *El jefe*, en 1959, *El candidato*, y en 1960, *Sábado a la noche, cine* (los tres con dirección de Fernando Ayala).

Este contrapunto indica una característica del grupo de *Contorno*, su heterogeneidad social y el hecho de haber propiciado destinos muy distintos a sus creadores después del fin de la apuesta colectiva. Juan José Sebreli y Oscar Masotta, por ejemplo, pertenecían a familias de inmigrantes de clase media baja, radicadas en Buenos Aires, que nunca lograron alcanzar alguna prosperidad económica.¹⁴ Ambos dejaron inconclusa la carrera de Letras y orientaron su actividad intelectual posterior como autodidactas y ensayistas, en direcciones alternativas, abandonando la crítica literaria, que habían cultivado hasta entonces, y que resultó, respectivamente, en los libros *Martínez Estrada: una rebelión inútil* (1960) y *Sexo y traición en Roberto Arlt* (1965). De algún modo, en esos dos casos, las privaciones económicas y sociales enfrentadas en la infancia estuvieron relacionadas no solamente con las iniciativas intelectuales innovadoras que emprendieron en la década de 1960,¹⁵ sino también con la actitud transgresora que asumieron como estilo de vida. Junto a Carlos Correas, otro miembro del grupo, Sebreli y Masotta formaban un subgrupo dentro de *Contorno*, conocido por su adhesión al existencialismo sartreano, por su temprana aproximación política al peronismo¹⁶ y por su bohemia.

Como ya fue dicho, la opción por la carrera académica propiamente dicha fue abrazada en el grupo, sobre todo, por Adolfo Prieto. Ése fue el caso, también, de Noé Jitrik (1928), que asumió la cátedra de Literatura argentina en la Universidad Nacional de Córdoba en 1960, donde permaneció hasta 1966. Prieto se graduó en Letras en 1951, e inmediatamente comenzó su tesis de doctorado, bajo la dirección de Raúl Cortina, en un momento en que realizar una carrera de posgrado era infrecuente. Obtuvo el título de doctor en 1953 con el trabajo “El sentimiento de la muerte a través de la literatura española (siglos XIV y XV)”. Las razones posibles de esa elección temática, más allá del origen español de su familia, remiten a la escasa importancia académica que se atribuía por entonces a la literatura argentina y a la familiaridad del autor con la literatura española, debida al prestigio de esta última en el ámbito de la facultad. Aunque su obra posterior estuvo enteramente dedicada a la literatura argentina, en su tesis Prieto asumió una misma actitud, diríamos sociológica, frente a los textos literarios, que profundizaría posteriormente.¹⁷

En 1954 publicó su primer libro, el polémico *Borges y la nueva generación*, que trazaba un análisis extremadamente duro (y negativo) sobre el escritor que ya en ese momento era la

¹⁴ Juan José Sebreli, *Las señales...*, op. cit., y Carlos Correas, *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa*, Buenos Aires, Interzona, 2007.

¹⁵ Juan José Sebreli cultivó el ensayo sociológico con enorme éxito de público. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964) vendió 30.000 ejemplares en un año y en 1965 la obra había agotado su octava edición. Publicó más tarde *Mar del Plata, el ocio represivo* (1970) y *Fútbol y masas* (1981), entre otros. Oscar Masotta, que se convertiría en uno de los intelectuales más influyentes en la década de 1960, siguió una trayectoria muy diversificada. Comenzó por la literatura, pasó por la filosofía, el análisis del *pop art*, la semiología, la estética y finalmente el psicoanálisis. Publicó *Técnicas de la historieta* (1966), *El pop-art* (comp.) (1967), *Happenings* (1967), *Conciencia y estructura* (1969), *La historieta en el mundo moderno* (1970) e *Introducción a la lectura de Jacques Lacan* (1974).

¹⁶ La adhesión de los tres al peronismo implicó un conflicto con los hermanos Viñas y su separación temporaria de la revista hacia fines de 1954, cuando fue publicado el número 4 de *Contorno*, diciembre de 1954, pp. 41-60, dedicado a Ezequiel Martínez Estrada.

¹⁷ Esa continuidad fue advertida por Rodolfo Borello: “más que la pura comprensión estética y literaria, afincada en las formas, el estilo o la lengua, el crítico estaba interesado en descubrir qué tipo de hombre había escrito esas páginas, qué motivaciones socio-históricas y psicológicas lo explicaban. Por detrás de versos a primera vista circunstanciales, de crónicas olvidadas, de relatos llenos de recursos retóricos, Prieto perseguía las ideas, los sentimientos nacionales, el horizonte de valores que les daban sentido”. En Rodolfo Borello, “Adolfo Prieto: literatura y sociedad en la Argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 214, 1967, pp. 133-146, cita en p. 133.

figura central y más consagrada de la literatura argentina. Esa actitud osada y temeraria lo colocó de manera abrupta en la escena literaria argentina, y probablemente lo perjudicó antes que favorecerlo.¹⁸ De todos modos, el libro se posicionó como una de las “marcas” de su generación, al romper el aura sagrada que revestía fuertemente al mundo literario en aquel momento, reivindicando para la crítica (y para sí mismo) una posición más autónoma y determinante en relación con la que detentaba hasta entonces. Eso se desprende de aquella parte del libro, anteriormente publicada en la revista *Centro* (1953) titulada “Borges: el ensayo crítico”, en la que el autor acusa a Borges de practicar una “crítica impresionista”, arbitraria y “hedonista”, centrada en los aspectos laterales de las obras y no en su totalidad, como debería hacer una “crítica objetiva”. El texto analizado sería para aquella sólo un pretexto, un medio, y no un fin, como para la última. De esa manera, Prieto defendía el papel de árbitros del campo literario para los críticos y no para los propios literatos.

Su siguiente libro, *Sociología del público argentino* (1956), revela de manera inequívoca la afinidad del crítico con la sociología, disciplina que venía ganando legitimidad en el campo académico, sobre todo en función de las iniciativas capitaneadas por Gino Germani. La obra presentó un abordaje innovador sobre el público lector, documentada con una investigación empírica (casi desconocida) realizada por el sociólogo ítalo-argentino en el Instituto de Sociología hacia mediados de los años de 1940, referida al consumo cultural de la clase media porteña. El libro definió el encuadramiento básico de su proyecto intelectual, que encaró siempre el fenómeno literario como un sistema relacional, excluyendo de su esquema interpretativo cualquier idea de trascendencia del hecho literario.¹⁹

Después de la publicación de esos libros y de enseñar literatura por algunos años en el sistema de enseñanza media (lo que consiguió por intermediación de Raúl Castagnino, que había sido su profesor en la facultad), en 1956 Prieto fue invitado a enseñar literatura española en la Universidad Nacional del Litoral, en Rosario. Derrotado en el concurso realizado al final de ese mismo año, regresó a Buenos Aires y al año siguiente (1957), cuando se casó, atendiendo a una nueva invitación asumió por primera vez una cátedra de Literatura argentina, esta vez en la Universidad Nacional de Córdoba. En 1958 se estableció en Mendoza, donde estaba su antiguo colega de graduación e íntimo amigo, Rodolfo Borello, y durante ese año enseñó en la Universidad Nacional de Cuyo. Su periplo en las universidades del interior del país culminó con su establecimiento prolongado, nuevamente en Rosario, de 1959 a 1966. Ya en el primer año de su actuación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, se advierte la intención de formar un grupo de investigadores, a partir de la realización de un seminario consagrado al análisis del impacto del rosismo en la literatura argentina. De esa experiencia resultó un libro colectivo, *Proyección del rosismo en la literatura argentina* (1959), cuyos capítulos fueron redactados por los estudiantes²⁰ bajo la orientación cuidadosa

¹⁸ El libro de Prieto sobre Borges provocó una encendida polémica que fue recogida por las revistas *Liberalis* y *Ciudad*. Véase Emir Rodríguez Monegal, *El juicio de los parricidas*, Buenos Aires, Deucalión, 1956, y Nora Avaro y Analía Capdevila, *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*, Buenos Aires, Santiago Arcos editor, 2004.

¹⁹ Esas mismas preocupaciones sobre el público lector reaparecen en *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, formuladas con instrumentos analíticos más sofisticados y fundamentada en una investigación rigurosa, lo que representa la concretización de un largo itinerario que indica la persistencia de ciertas líneas de investigación en el conjunto de su obra.

²⁰ Oscar V. Grandov, Hebe Monges, Gladys Marcón, Noemí Ulla, Laura V. Milano, Gladys L. Ramat, Ada M.

de Prieto, quien escribió la introducción a la obra. Los autores escrutaron en el interior de los diversos registros literarios de la época –novela, cuento, poesía, periodismo, teatro y literatura autobiográfica– las formas de inscripción social de los conflictos derivados de la experiencia del gobierno de Rosas y de su disolución.²¹ De otro seminario (1962), que buscaba trazar un cuadro de la crítica literaria nacional y del cual participaron alumnos y ex alumnos de la facultad, se originó el libro *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina* (1963). La obra reunió las respuestas de diecinueve críticos literarios del país, que respondieron a un conjunto de cuestiones que buscaban esclarecer las condiciones concretas que orientaban esa actividad como profesión principal o secundaria, las relaciones establecidas con los escritores y el público, los lenguajes teóricos predominantes y los medios de difusión existentes.

Las dos iniciativas pueden ser evaluadas como etapas de un proyecto académico de larga duración que Prieto pretendía concretizar, inspirado por una visión sintonizada con el proceso de modernización universitaria que también afectaba otras disciplinas. El itinerario descrito es revelador, también, de un aspecto (ecológico) curioso del proceso de innovación de las disciplinas humanísticas (y sociales) en el contexto de la reforma universitaria del posperonismo. En tanto el polo moderno de la sociología, liderado por Germani, se asentó en Buenos Aires, centro del sistema académico, en la crítica literaria ocurrió lo contrario: su modernización tuvo lugar en la periferia del sistema. Como se sabe, entretanto, tales emprendimientos serían abortados por el golpe militar de 1966.²²

Fue durante esos años *rosarinos* que el autor redactó y publicó la obra más importante de este período, *La literatura autobiográfica argentina*, editada en 1962 por la Universidad Nacional del Litoral (Rosario), y que, por su carácter inaugural y su alcance interpretativo, sería considerada como una referencia obligatoria para el estudio del memorialismo en la Argentina. El libro destaca la importancia, hasta entonces no reconocida, del género autobiográfico en el conjunto de esa literatura nacional durante el siglo XIX, y ofrece al lector una perspectiva inusitada para comprender las lógicas sociales que estructuraron la vida intelectual en el país después de la independencia. En tal sentido, es, a la vez, una historia de un género aparentemente secundario de la literatura argentina y una genealogía de sus elites políticas e intelectuales.

Cresta, Ana M. Deforel, Nélide M. Lanteri, Elena C. Carrero, Lucrecia Castagnino, Gladys S. Onega, Clotilde Gaña y Ada R. M. Donato.

²¹ Rodolfo Borello reseñó el libro destacando su orientación científica: “A veces resulta imposible reseñar con justicia ciertas obras de investigación; este es uno de ellos. Su aporte a la historia de nuestra crítica es ya valorable, pero en unos años se podrá notar sus influencias, tanto en el uso de ciertos métodos, como en su claridad, su objetividad y su seriedad. A ello debemos agregar un detalle infrecuente: el ser un trabajo en equipo, que testimonia una labor universitaria responsable. Por si esto fuera poco, el volumen es la primera obra que enfoca con voluntad comprensiva el tema Rosas, rigurosamente desligada de preconceptos políticos, ideológicos e históricos”, en Rodolfo Borello, reseña sobre *Proyección del rosismo en la literatura Argentina*, seminario del Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral, Rosario, 1959, *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana*, N° 2, agosto de 1960, pp. 116-123, cita en p. 123.

²² En entrevista concedida a la revista *Punto de Vista*, Adolfo Prieto evaluó esa experiencia en los siguientes términos: “Al cabo de cinco años era posible ya visualizar un grupo de estudiosos verdaderamente interesantes; acaso un decena de jóvenes profesionales que podían integrarse a los niveles docentes y de investigación de la universidad con pleno derecho. La mayoría de aquellos jóvenes profesionales de entonces, sin embargo, está hoy dispersa en los cuatro puntos cardinales del país y del mundo. El golpe militar y los sucesivos desencuentros y calamidades sufridos por la universidad argentina ofrecen la descarnada moraleja del relato. Ninguna política cultural dictada e implementada por la universidad desde su propio ámbito, o aún más lejos, ninguna universidad puede sobrevivir a las ansiedades y a la inseguridad radical de la sociedad a la que la misma pertenece”. En “Literatura/crítica/enseñanza de la literatura. Reportaje a Adolfo Prieto”, *Punto de Vista*, N° 16, pp. 7-9, cita en p. 8.

La recepción inmediata del libro, es importante destacar, fue muy favorable. El crítico argentino Alfredo Roggiano, que por entonces enseñaba en la Universidad de Pittsburgh (USA), escribió una reseña muy elogiosa en la *Hispanic American Historical Review*, calificando al libro como “el primer estudio orgánico de la literatura autobiográfica argentina”.²³ Jaime Rest, entonces profesor adjunto de Jorge Luis Borges en la cátedra de Literatura inglesa y norteamericana en la FFYL-UBA, también reseñó el libro positivamente, en un texto largo y detallado, destacando el notable hallazgo de Prieto al percibir la importancia de esa especie narrativa en el interior de la literatura argentina. Más aun, el reseñador subrayó el cambio de actitud que el libro revelaba, desplazando el impresionismo que prevalecía en la crítica argentina de entonces.²⁴ En ocasión de la segunda edición del libro, publicada en 1966 por la editora Jorge Álvarez (que también publicó libros de Viñas, Masotta y Jitrik), Rodolfo Borello escribió un extenso artículo que revisaba sistemáticamente toda la obra de Prieto y lo definía como el principal crítico de su generación.²⁵ Respecto de este último texto, no se puede pasar por alto la amistad y el proyecto común que vinculaba a los dos críticos desde que se conocieron como estudiantes en la UBA, lo que confería al mismo cierto tono programático y dejaba entrever la conciencia que tenían respecto del emprendimiento que estaban realizando, sobre todo Prieto en Rosario, pero también, secundariamente, Borello en la Universidad de Cuyo, en Mendoza.²⁶ Finalmente, el importante crítico y ensayista uruguayo Carlos Real de Azúa elogió enfáticamente el libro de Prieto, en un artículo sobre la literatura autobiográfica uruguaya, publicado en la versión uruguaya de *Capítulo*, lamentando que “faltaba en Uruguay un estudio similar al espléndido de Adolfo Prieto sobre *La literatura autobiográfica argentina*”.²⁷

²³ El autor concluyó la reseña con un elogio explícito del trabajo, destacando su carácter comprehensivo: “Libro de extraordinaria lucidez, verdadera radiografía del hombre argentino, de las clases dirigentes del país y de los repliegues más profundos de la historia política, económica, social y cultural de la Argentina”, en Alfredo Roggiano, reseña “*La literatura autobiográfica argentina*, by Adolfo Prieto, Rosario, Argentina, N.D. Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, p. 214. Paper”, en *Hispanic American Historical Review*, N° 4, octubre de 1964, p. 662.

²⁴ Cabe citar: “el trabajo de Prieto merece la más cálida aprobación como una de las principales contribuciones recientes a la comprensión de la literatura argentina. Y ello acaso puede explicarse destacando que es un intento de análisis serio, en el que se advierte un esfuerzo por superar nuestras habituales improvisaciones de crítica impresionista, a fin de reemplazarlas mediante criterios más objetivos y disciplinados”, en Jaime Rest, reseña sobre “Adolfo Prieto: *La literatura autobiográfica argentina*. Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1962, 214 págs.”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. VIII, N° 2, agosto de 1963, pp. 332-336, cita en p. 336.

²⁵ Cabe citar: “Esta relación entre literatura y realidad, entre literatura y sociedad, entre literatura y personalidad, entre literatura e historia, tipificará para siempre sus obras y lo convertirá en el más brillante crítico de su generación”, en Rodolfo Borello, “Adolfo Prieto: literatura y sociedad...”, *op. cit.*, p. 134.

²⁶ Como Prieto, Borello era de origen provinciano. Nació en Catamarca en 1930, e ingresó en la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras en la segunda mitad de la década de 1940. En 1963 se doctoró en la Universidad Complutense de Madrid. Conoció a Prieto en la Facultad de Filosofía y Letras. Pronto iniciaron una relación de amistad, y en varios momentos fueron compañeros de distintas empresas intelectuales, comenzando por la participación de ambos en *Centro*. Entre 1956 y 1976 Borello fue profesor de literatura española y argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Dirigió la *Revista Argentina e Iberoamericana*, en la que publicó una versión reducida de la tesis de doctorado de Adolfo Prieto. Hacia fines de los años cincuenta, Prieto enseñó en Mendoza, invitado por Borello. Como “supervisor” de *Capítulo*, Prieto encomendó a Borello la redacción de tres fascículos de la colección, uno de ellos dedicado al ensayo y otro a la crítica moderna. Información provechosa sobre la trayectoria de Borello se encuentra en José Ruano de La Haza (ed.), *Estudios sobre literatura argentina*, in *memorian Rodolfo A. Borello*, Serie Ottawa Hispanic Studies N° 25, Ottawa, Dovehouse Editions Canada, 2000.

²⁷ Carlos Real de Azúa, “Prosa del mirar y del vivir”, *Capítulo Oriental. La historia de la literatura uruguaya*, N° 9, mayo de 1968, pp. 3-4.

El origen de *La literatura autobiográfica argentina* se relaciona con la investigación anterior sobre el impacto del rosismo en la literatura argentina, durante el cual, probablemente, Prieto tomó cuenta tanto de la relevancia de ese material como del rendimiento analítico que podía propiciar, una vez que su interés teórico residía, sobre todo, en el estudio de la literatura como fenómeno social. Esa intención es explicitada en el epígrafe del trabajo, un pasaje de *Libertad y planificación*, de Karl Mannheim, que enfatiza la importancia de los registros autobiográficos como medio de acceso a las lógicas sociales estructurantes de las personalidades y de las funciones desempeñadas por ese tipo de literatura en las coyunturas históricas más generales.

La mención a Mannheim, como otras tantas referencias –Erich Fromm, Ralph Linton, Abraham Kardiner, Karen Horney, Mikel Dufreene, Wright Mills, Gilberto Freyre– que figuran especialmente en la introducción teórica del libro, revelan la importancia que en el campo intelectual argentino tuvo el movimiento editorial promovido, desde mediados de la década de 1940, por nuevas editoriales especializadas en ciencias sociales, como la mexicana *Fondo de Cultura Económica* y la argentina *Paidós*. El español José Medina Echavarría, en México, y Gino Germani, en la Argentina, estuvieron al frente de esas iniciativas, que tuvieron enorme impacto en el proceso de institucionalización de la sociología, especialmente en el caso que estamos examinando. De hecho, la relativa marginalidad de esa disciplina en el interior del sistema académico hasta la segunda mitad de los años cincuenta fue compensada por tales emprendimientos, lo que permite comprender la incorporación por parte de Prieto de un punto de vista sociológico en ese trabajo específico, pero también en el resto de su obra. Esa toma de posición por parte del autor venía así a cumplir una doble función: contra la crítica estilística, conectaba la literatura con el mundo social y político; contra el ensayismo y la crítica impresionista, reivindicaba la científicidad del estudio de la literatura.

En cualquier caso, *La literatura autobiográfica argentina* representó una importante inflexión en el interior de la tradición de la crítica literaria de la Argentina, articulando el análisis textual con el examen de los condicionamientos sociales y políticos de la vida literaria. Específicamente, vinculó las diversas variantes de autobiografía a las transformaciones sociales y políticas que siguieron a la revolución de Mayo. Por medio de esa forma argumentativa, el trabajo sintetizó un programa de investigación en sociología de la literatura que recubre toda su producción intelectual y que tendría importante continuidad en la principal vertiente de la crítica literaria argentina de las últimas décadas, sobre todo, en las obras de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano.

El itinerario descripto es demostrativo de la inversión realizada por Adolfo Prieto entre las décadas de 1950 y 1960,²⁸ que encontraría condiciones favorables en el contexto de la mo-

²⁸ En los dieciséis años comprendidos entre 1953 y 1969, el autor publicó una tesis de doctorado, formó y lideró un grupo destacado de investigadores y dirigió en la Universidad Nacional del Litoral (Rosario) la Facultad de Filosofía y Letras, el Instituto de Letras y el *Boletín de Literaturas Hispánicas* y publicó diez libros: *Borges y la nueva generación*, Buenos Aires, Letras Universitarias, 1954; *Sociología del público argentino*, Buenos Aires, Leviatán, 1956; *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1959; *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1962; *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1963; *Antología de Boedo y Florida*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1964; *El periódico Martín Fierro*, Buenos Aires, Galerna, 1968; *Literatura y subdesarrollo*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1968; *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968, y *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

dernización universitaria abierta con posterioridad al derrocamiento del peronismo, y que tuvo como expresiones más visibles en las ciencias humanas los proyectos académicos de Gino Germani en sociología y de José Luis Romero en historia, asociados en algunos emprendimientos decisivos para la renovación de ambas disciplinas. Como ya fue indicado, tales procesos serían abortados por el golpe militar de 1966, que condujo al general Onganía al poder. La sociología y la historia se refugiaron en instituciones privadas, principalmente en el Instituto Di Tella, que acogió a investigadores que renunciaron a la universidad. En el caso de la crítica literaria, también fueron iniciativas privadas las que permitieron cierto grado de continuidad a los distintos proyectos intelectuales que habían sido gestados en el interior de las universidades del país. La principal de esas iniciativas tuvo lugar en el Centro Editor de América Latina –editorial fundada por Boris Spivacow después del golpe de Estado–, que promovió la realización de una obra colectiva que tendría enorme impacto en el desenvolvimiento de la crítica literaria argentina posterior: *Capítulo. La historia de la literatura argentina* (1967/1968).²⁹ Propuesta por el editor, la dirección intelectual de la obra estuvo a cargo de Adolfo Prieto, oficialmente el “supervisor” de los números encomendados a los colaboradores invitados (algunos ya experimentados, otros, jóvenes egresados de las universidades, más tarde devenidos críticos e historiadores destacados). Pensada para un público amplio de lectores no especializados, esa tercera de las principales historias de la literatura argentina acabó convirtiéndose en punto de referencia obligatorio y fuente de muchas hipótesis que orientaron la crítica y la historia de la literatura subsiguientes. No obstante estar conformada por textos redactados por un numeroso grupo de autores, esa historia social de la literatura argentina, revela una unidad significativa que parece resultar de una concepción muy bien informada y planeada, de la selección cuidadosa de los colaboradores, de la orientación dada a los mismos y de la revisión de los textos.

Después de *Capítulo*, sobre todo con posterioridad al inicio de la dictadura militar de 1976, la trayectoria de Prieto sufrió una fuerte inflexión relacionada con su emigración a los Estados Unidos, donde enseñó alrededor de quince años. La publicación, en 1988, de *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* interrumpiría ese prolongado período de aislamiento intelectual, ya que la obra fue muy bien recibida en la Argentina. No obstante, su trayectoria anterior todavía no ha sido debidamente evaluada.

A este respecto, y aun cuando las circunstancias políticas de la década de 1970 estén directamente relacionadas con su alejamiento de la escena intelectual y literaria argentina hasta el final de la década siguiente, el desenlace desfavorable de la primera parte de su itinerario intelectual se explica, también, por la dinámica prevaleciente en el mundo intelectual y artístico en el país hasta mediados de la década de 1980. Como ya hemos indicado, desde el comienzo del siglo xx, sobre todo en función de la presencia de los inmigrantes, de la creación de las universidades modernas, de la profesionalización de las actividades intelectuales, el mundo cultural argentino se vio polarizado entre los literatos propiamente dichos, hijos de familias tradicionales, y los intelectuales egresados de las universidades, frecuentemente hijos de la inmigración. Esa polarización se expresó en la disputas entre los escritores y los críticos

²⁹ Comercializada en puestos de venta de diarios, la obra constaba de 59 fascículos semanales, cada uno de ellos acompañado por un libro de bolsillo (casi siempre una selección de textos), el último de los cuales fue el *Diccionario básico de la literatura argentina* (Buenos Aires, CEAL, 1968), redactado por el propio Prieto. Una segunda edición, ampliada y con algunas modificaciones, fue publicada por la misma editorial, en cinco volúmenes, a comienzos de la década de 1980, bajo la dirección de Susana Zanetti.

literarios, como lo revela tanto el desplazamiento de *Nosotros* (críticos) por *Sur* (literatos) en la década de 1930, como el desafío lanzado por los jóvenes críticos de *Contorno* a los escritores establecidos en *Sur* y en el diario *La Nación* en los años de 1950. El intento de Prieto por establecer una nueva forma de interrogación del fenómeno literario, a través de un programa de investigación en sociología de la literatura, no podía legitimarse plenamente en ese contexto, en el que la literatura aún se erigía como el árbitro del juego.

III

Muy diferente era la disposición de las piezas del juego cultural y académico en el Brasil cuando hacia mediados de la década de 1940 Antonio Candido reivindicó indirectamente para sí el papel de crítico literario “científico”, más precisamente en ocasión de la tesis sobre Silvio Romero que presentó en 1945 para competir por la cátedra de Literatura brasileña en la Universidad de San Pablo.³⁰ Precisamente en ese año, antes de la realización del concurso, moría Mário de Andrade, y su muerte marcaba el final de una era en la que la literatura había ocupado el centro de la vida intelectual y artística brasileña. Después de él, que desempeñó papeles variados,³¹ todos ellos derivados de su actuación como escritor, la diferenciación progresiva de ese universo privaría a los literatos de la posibilidad de erigirse en árbitros de la producción simbólica erudita. Dicho de otro modo, las funciones de escritor y de crítico se tornaban cada vez más inconciliables, a pesar de las figuras que todavía transitarían por las dos esferas. Es por eso que el significado que tuvo en San Pablo la creación de la revista *Clima*, por un grupo de estudiantes oriundos de las primeras cohortes de los cursos de filosofía y de ciencias sociales de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo (FFCL-USP),³² fue muy diferente del que tuvieron las revistas *Centro* y *Contorno* en Buenos Aires. En éstas, los jóvenes críticos desafiaron a los escritores de *Sur*, sin obtener de ellos ninguna señal de reconocimiento, siquiera jocoso, como el que se percibe en el apodo de “chato-boys” atribuido por Oswald de Andrade al grupo liderado por Antonio Candido en la revista *Clima*. Más todavía. La legitimación de esta última no vino solamente de fuera, sino que estaba inscrita en la propia revista. Cabe mencionar, en esa dirección, el padrinazgo intelectual de Mário de Andrade, que escribió, por encargo expreso de los jóvenes, el artículo de apertura de la revista, “Elegía de

³⁰ El crítico e historiador de la literatura Afrânio Coutinho halló una feliz expresión al caracterizar los años cincuenta como los de la crítica literaria: “La década de 1950, en la literatura brasileña, puede ser considerada como la de la crítica literaria. Es el momento en que se adquiere la conciencia exacta del papel relevante de la crítica en el medio de la creación literaria y de los géneros de la literatura imaginativa, con su función de disciplina del espíritu literario. Sin ser un género literario, sino una actividad reflexiva de análisis y de enjuiciamiento de la literatura, la crítica se asemeja a la filosofía y a la ciencia, aun cuando no sea ninguna de ellas”, en Afrânio Coutinho (org.), *A literatura no Brasil*, vol. 6, Río de Janeiro, José Olympio Editora/Universidade Federal Fluminense, 1986, p. 2032. La traducción del pasaje es de los autores.

³¹ Sérgio Miceli, “Mário de Andrade: a invenção do moderno intelectual brasileiro”, en André Bothelo y Lilia Moritz Schwarcz (orgs.), *Um enigma chamado Brasil*, San Pablo, Companhia Das Letras, 2009.

³² La FFCL-USP fue creada en 1934. Un excelente y pionero estudio sobre los orígenes de dicha institución en Irene R. Cardoso, *A Universidade da Comunhão Paulista. O projeto de criação da Universidade de São Paulo*, San Pablo, Cortez Editora, 1982. Véase también la obra organizada por Sérgio Miceli, *História das Ciências Sociais no Brasil*, 2 vols. San Pablo, Vértice/Idesp/Finep, y Editora Sumaré, 1989 y 1995.

abril”.³³ En oposición, la revista *Contorno* se abriría con un texto redactado por uno de los miembros del grupo, Juan José Sebrelli, cuyo título mismo explicitaba la separación radical en relación con la generación anterior: “Los ‘martinfierristas’: su tiempo y el nuestro”.

Para explicar tales diferencias, debemos investigar inicialmente los patrones de relación entre críticos y escritores en las dos tradiciones intelectuales. Pese a su complejidad y variedad, según los momentos y los casos, se debe notar que, en la Argentina, desde fines del siglo XIX, una buena parte de los que se dedicaron a la crítica literaria provenía de la FFYL de la UBA,³⁴ que desde su surgimiento proporcionaba un importante canal de ascenso social y de ingreso en las actividades intelectuales a los inmigrantes e hijos de inmigrantes. Con este hecho se relaciona la fuerte tensión que polarizaba a los escritores oriundos de las clases altas y los críticos reclutados en los grupos emergentes. En el Brasil, en cambio, el enraizamiento académico de la crítica literaria fue posterior y no había diferencias sociales y culturales significativas entre críticos y escritores, ambos reclutados, prácticamente, en los mismos medios sociales y formados, la mayoría, en las escuelas de Derecho. En tal dirección, *Clima* fue la cuna de la primera generación de críticos académicos –irónicamente no oriundos de la carrera de Letras–, que, no obstante, compartían con sus antecesores literatos y críticos el mismo *habitus* social y cultural. Además, ingresaban como críticos (de literatura, cine, teatro y arte) en un medio cultural que ya valorizaba en buena medida la crítica como un género literario destacado. Por eso mismo, la ruptura que realizaron al proponer una dicción más especializada y bien informada de los estudios literarios no implicaría un distanciamiento tan profundo en relación con la tradición anterior, pero sí una renovación de los instrumentos analíticos y de los métodos que los aproximaban a una actitud científica.³⁵

Pasemos, ahora, a una comparación más detallada entre las experiencias de *Clima* y *Contorno*, afines por el hecho de reunir a grupos de estudiantes después destacados como críticos extremadamente innovadores en las escenas culturales en las que estaban inmersos, vinculados por lazos de amistad constituidos en el medio universitario y por el hecho de afirmarse intelectualmente a través de las revistas. Igualmente, lo que aproxima a ambas publicaciones es el hecho de haber sido editadas hacia el final de regímenes autoritarios y populistas, lo que indica que en los dos casos hubo en juego, también, condicionantes políticos.

Los dos grupos se formaron en el interior de la universidad, pero *Clima* lo hizo en una universidad recién creada y en carreras nuevas, en tanto que *Contorno*, en una universidad ya consolidada y en una carrera que, como la de Letras, contaba ya con tradiciones disciplinarias

³³ Esta parte del trabajo se apoya directamente en Heloisa Pontes, *Destinos Mistos*, San Pablo, Companhia das Letras, 1998; véase también Heloisa Pontes, “Ciudades e intelectuales: los ‘neoyorquinos’ de *Partisan Review* y los ‘paulistas’ de *Clima* entre 1930 y 1950”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Programa de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes, N° 8, 2004, pp. 183-204..

³⁴ Aunque más no sea que a título indicativo, vale la pena recordar que de los diecinueve críticos encuestados por Prieto, catorce de ellos se formaron en la FFYL-UBA (aunque cuatro de ellos no completaron la carrera). Asimismo, seis de dichos críticos siguieron carreras de posgrado, de los cuales cinco se doctoraron en la FFYL-UBA y el otro en el exterior, en Adolfo Prieto, *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, Universidad Nacional del Litoral, 1963.

³⁵ A este respecto, la dedicatoria “A memória de Mário de Andrade”, que Antonio Candido inscribió en la segunda edición (1963) de su primer trabajo de especialización, *Introdução ao método crítico de Silvio Romero* (1945), presentado para aspirar al cargo de catedrático de Literatura Brasileira en la Universidad de San Pablo, es más que elocuente. En Antonio Candido, *O método crítico de Silvio Romero*, *Boletim*, N° 226, Teoria Literária e Literatura Comparada, N° 1, 154 pp., San Pablo, FFCL da USP, 1963.

y estilos de trabajo bien establecidos, aun cuando atravesase un período de crisis derivado de las transformaciones impuestas por el peronismo en la enseñanza superior del país. En razón de esto último, la relación de ambos con la universidad sería completamente diferente –ambivalente y conflictiva en el caso de *Contorno*, satisfactoria para los miembros de *Clima*–. Por eso mismo, si es posible reconocer un programa de actuación en las declaraciones o en las entrelíneas de los textos de esta última el mismo era derivado, en grande parte, del impacto directo ejercido por los docentes extranjeros, que impusieron modalidades de trabajo más sistemáticas y exigentes. Tales experiencias moldearían, también, nuevas formas de identidad intelectual, reivindicadas en oposición a las anteriores, menos profesionalizadas y más dispersas. No propusieron, entretanto, un cuestionamiento radical de los parámetros más sustantivos que habían guiado la labor de críticos e historiadores de la literatura brasileña hasta entonces. En ese punto, debemos señalar una diferencia entre las dos revistas: *Contorno* propuso una desacralización de la literatura argentina; cuestionó el canon establecido, desplazando el eje de reconocimiento para escritores hasta entonces desprestigiados, como el caso de Roberto Arlt. En el interior de la crítica misma, se volvieron contra las tradiciones teóricas en las que se había fundado la escuela de Amado Alonso, cuestionando el presupuesto de la autonomía del hecho literario a partir de la adopción de una perspectiva sociológica y política en el análisis literario. En tales frentes, los “contornistas” debatieron con las generaciones anteriores, especialmente con la que había emergido en los años veinte con las vanguardias y posteriormente reunida en la revista *Sur*. Ésa sería la marca de los trabajos más importantes que los miembros del grupo de *Contorno* publicaron en la década de 1960, en los cuales la historia de la literatura argentina es reconstruida a partir de las dinámicas propias de las esferas social y política. Ciertamente, tales operaciones fueron condicionadas por la fuerte politización de la vida intelectual argentina durante el peronismo e inmediatamente después y también por la polarización del mundo literario a la que ya nos hemos referido –*criollos/inmigrantes, escritores/críticos*–.

Esas diferencias deben ser comprendidas, también, a la luz de una distinta composición social de ambos grupos. El de *Clima* era más homogéneo, y casi todos sus integrantes tenían un origen elevado. Cierta declive social, y el reordenamiento político derivado de la Revolución de 1930, condicionaron las elecciones no usuales que realizaron, canalizadas hacia las carreras de filosofía o ciencias sociales. La orientación izquierdista de la mayoría de sus miembros también habría determinado tales opciones, así como la formación del grupo en la universidad, vinculado por relaciones afectivas e intelectuales de larga duración. En lo concerniente a las relaciones de género, los hombres, que eran mayoría, ocupaban las posiciones principales, en tanto que las mujeres tenían a su cargo, sobre todo, las tareas de edición de la revista. Asimismo, la revista orientaría directa o indirectamente la carrera profesional ulterior de los miembros más destacados del grupo, tanto en la universidad como en el escenario cultural más amplio, dinamizado por el crecimiento de la ciudad de San Pablo y por los efectos indirectos de la Segunda Guerra Mundial (inmigración de intelectuales y artistas europeos). Como ya se ha sugerido, la afinidad social y política con la generación de escritores provenientes del modernismo paulista habría favorecido una relación de mayor continuidad con ese movimiento, a pesar del distanciamiento propiciado por la formación científica recibida en la universidad. El grupo de *Contorno* era, en cambio, socialmente heterogéneo y sus miembros tenían origen menos favorable –lo que, como ya fue señalado, reflejaba la apertura de la universidad argentina durante el peronismo–. Es posible que eso explique el hecho de que las relaciones de amistad entabladas en la universidad, y fortalecidas durante el tempo de existencia de la re-

vista, no sobrevivieran por mucho tiempo. Además, hubo desde el inicio divisiones internas, condicionadas por el origen social. La asimetría de género era, tal vez, más pronunciada todavía que en el caso de *Clima*, teniendo en cuenta que el porcentaje de mujeres en la población estudiantil de la FFYL era de aproximadamente 75 %.³⁶ Sólo una mujer, Adelaida Gigli, que se casaría con David Viñas, participó de la dirección de la revista. De los aproximadamente treinta colaboradores de *Contorno*, apenas tres eran mujeres (además de la citada, Regina Gijbaja y Ana Goutman), y su participación estuvo limitada a unos pocos artículos y reseñas de libros. La heterogeneidad del grupo, y el origen inmigrante de muchos de ellos, estuvo en la base de la actitud contestataria que encarnaron.

Reflejada en la biografía de Adolfo Prieto, la de Antonio Candido se revela mucho menos accidentada y tortuosa, a pesar de las contingencias de su carrera profesional, que por mucho tiempo se mantuvo indefinida entre la sociología y la crítica literaria. Nació en 1918 y su origen social era muy elevado. Su padre, médico de profesión, y su madre descendían de familias tradicionales de Río de Janeiro y tuvieron acceso privilegiado a la cultura propia de los círculos intelectualizados de las elites cariocas. En función de tales circunstancias, Antonio Candido obtuvo una educación elevada desde niño. A pesar de una precoz iniciación literaria, fue principalmente en la carrera de ciencias sociales de la FFCL-USP donde adquirió una formación intelectual sistemática (1939-1941), en especial bajo la batuta de los profesores de la misión francesa,³⁷ como el filósofo Jean Maugué y el sociólogo Roger Bastide. El clima de radicalización política posterior a 1930 (según testimonios concedidos en varias oportunidades) lo llevó a optar por esa carrera y a asociar toda su vida ulterior a la militancia de izquierda. Del grupo *Clima* formaba parte Gilda de Moraes Rocha (posteriormente Gilda Rocha de Mello e Souza), con quien se casó. Esa alianza matrimonial fue decisiva, porque marcó la carrera de ambos, a pesar de que lo promocionó mucho más a él. En 1942 asumió el cargo de primer asistente de Fernando de Azevedo, en la cátedra de Sociología II. En el mismo año, proyectado por la recepción favorable de los textos que publicó en *Clima*, comenzó a escribir semanalmente en *Folha da Manhã*, ingresando en el círculo prestigioso de los críticos que escribían para los grandes diarios de San Pablo y de Río de Janeiro.

Desde el comienzo del siglo XX, reducido el ciclo de las grandes historias de la literatura brasileña (Silvio Romero, Araripe Jr., José Veríssimo), la esfera propia del ejercicio de la crítica literaria fueron los diarios, y asumir una columna fija en uno de ellos era una modalidad de profesionalización del trabajo intelectual y una señal de distinción inequívoca. En torno de los años treinta, las figuras más destacadas fueron Agripino Grieco, Sergio Milliet, Álvaro Lins, Mario de Andrade, Octávio de Faria y Alceu Amoroso Lima. Al ingresar en esa arena, Antonio Candido se legitimó rápidamente por medio de una dicción más rigurosa que le permitió distanciarse del “impresionismo” predominante, sin, entretanto, asumir una actitud explícitamente científica.³⁸ Los años en que escribió semanalmente para los diarios *Folha da Manhã* (entre

³⁶ Gino Germani, “Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios”, *Centro*, N° 12, octubre de 1956, pp. 34-46.

³⁷ Sobre el papel de la misión francesa en la USP, Fernanda Peixoto, “Franceses e Norte-americanos nas Ciências Sociais Brasileiras (1930-1960)” en Sérgio Miceli (org.) *História das Ciências Sociais...*, op. cit., v.1.

³⁸ En el artículo de apertura de su columna semanal, “Notas de crítica literaria”, en *Folha da Manhã*, Antonio Candido defiende una actitud literaria en el ejercicio de la crítica: “Hay, evidentemente, una cosa básica en el trabajo crítico, que no pertenece a la metafísica ni a la moral de nuestro oficio, sino que es una cualidad personal. Me refiero a la penetración. Sin ella, sin esa capacidad, elemental para el crítico, de sumergirse en la obra y de intuir sus valores

enero de 1943 y enero de 1945) y *Diário de São Paulo* (entre setiembre de 1945 y febrero de 1947) fueron decisivos para afirmar su reputación como crítico,³⁹ al mismo tiempo que enseñaba sociología en la Universidad de San Pablo, caminos paralelos que lo llevaron al concurso de 1945 para la cátedra de Literatura brasileña en la USP, ya mencionado y que ahora retomamos.

La derrota de Antonio Candido en dicho concurso (el jurado fallaría en favor de quien era entonces profesor interino de la cátedra, Souza Lima) ocurrió a pesar de su excelente desempeño, que puede ser dimensionado, todavía hoy, por la lectura de la tesis *Introdução ao método crítico de Silvio Romero* (1945). Esa tesis (y su tema), por lo demás, le permitiría definir el contorno de la perspectiva metodológica que iba a convertirse en el norte de sus estudios posteriores, pero también del de su grupo a partir de la década de 1960. En esa dirección, adhiere a la posición de T. S. Eliot y afirma la autonomía de la obra literaria,⁴⁰ para, enseguida, tomando como contrapunto el “cientificismo” de Silvio Romero, aproximarse a una perspectiva “científica”.⁴¹

Dos años después del concurso, Antonio Candido se alejó de los diarios e inició una fase más concentrada, dedicada a la enseñanza en la universidad –lo que se explica tanto por el cambio del régimen de trabajo de los “profesores asistentes” en la universidad, que pasó de tiempo parcial a tiempo completo, como por la preparación de sus dos principales trabajos: *Os parceiros do Rio Bonito* (1954/tesis, 1964/libro) y *A formação da literatura brasileira* (1959)–.

Con relación a *Formação*, no había duda respecto de la intención del autor de inscribirse en el linaje de los grandes ensayos de interpretación del Brasil, pero la tesis sobre el mundo “caipira”⁴² no fue interpretada en esa clave. Su objeto aparentemente acotado y el hecho de ser un trabajo académico, lo alejarían de esa tradición. Algo desentonaba en los *Parceiros*, entretanto, en relación con la gran mayoría de las tesis defendidas en la Universidad de San Pablo en la misma época.

El texto casi literario y la utilización discreta de las herramientas teóricas tomadas de la sociología y de la antropología en la construcción de su argumento lo distanciaban del cientificismo vigente. La interpretación no era neutra, sino directamente interesada en las soluciones políticas de los problemas sociales diagnosticados. Además, la reconstrucción histórica reali-

propios, no hay explicación posible –es decir, no hay crítica–. En el comienzo, por lo tanto, se coloca un hecho psicológico, lo que muestra que la crítica parte y se alimenta de condiciones personalísimas, de las cuales no podrá escapar. No hay, por lo tanto, cosa alguna que se pueda llamar de ‘crítica científica’ –a menos que no se entienda por tal cosa la crítica de los trabajos de la ciencia–. Entendida como transformación de la crítica en ciencia, no pasa de uno de los muchos pedantismos creados por la pretensión de los hombres de letras”, en Antonio Candido [1943], “Notas de crítica literaria. *Overture*”, en *Textos de intervenção*, selección, presentación y notas de Vinicius Dantas, San Pablo, Editora 34, 2002, p. 24.

³⁹ Prueba de eso es la invitación de Álvaro Lins –el crítico más consagrado del momento– a Antonio Candido en 1947 para que escribiese la presentación de la quinta serie de su *Jornal de Crítica*. Heloisa Pontes, *Destinos Mistos...*, *op. cit.*

⁴⁰ Cabe citar: “En efecto, uno de los mayores peligros para los estudios literarios es olvidar esta verdad fundamental: haya lo que haya o sea como fuera, en literatura la importancia mayor debe residir en la obra. La literatura es un conjunto de obras, no de factores, ni de autores”, en Antonio Candido. *Introdução ao método...*, *op. cit.*, p. 103.

⁴¹ Cabe citar: “Hoy solamente podemos concebir como científica la crítica que se esfuerza por adoptar un método literario científico, un método específico, basado en sus recursos internos. Establecimiento de fuentes, de textos, de influencias; investigación de obras auxiliares, análisis interno y externo, estudio de la repercusión; análisis de constantes formales, de las analogías, del ritmo de la creación: ésta sería la crítica científica, la ciencia de la literatura”, en *ibid.*, p. 110.

⁴² El término designa al pequeño propietario rural, sobre todo de la región paulista, reconocido también por una serie de características culturales, que lo constituye como representante típico del *ethos* rural paulista de los estratos bajos de la población.

zada en la primera parte de la tesis, apuntando a recuperar el proceso de formación de la sociedad caipira paulista, también la aproximaba al ensayismo brasileño. Pero, a diferencia de este último, Antonio Candido abordó el proceso amplio de la formación histórica y social brasileña desde abajo, privilegiando en su análisis al agricultor pobre y la pequeña propiedad rural. Desde ese punto de vista, recuperó el papel desempeñado por ese sujeto – nombrado en las diversas regiones del país como “matuto”, “tabaréu”, “caboclo”, “sertanejo” –, menospreciado por la mayoría de los autores que habían estudiado el proceso de formación de la sociedad brasileña.

Como hermanos “mellizos”, lo que está explícito en la *Formação* se esconde en los *Parceiros*, y viceversa. La intención de dialogar con la tradición del ensayismo brasileño sólo se manifiesta, y de manera implícita, en este último. En el primero, es la relación más directa con el contexto académico en el cual el autor estaba inserto la que está encubierta. El libro parece desligado de las disputas académicas y de los dilemas personales enfrentados por su autor, pero el diálogo con la sociología paulista, que en ese momento privilegiaba objetos como el desarrollo económico y desvalorizaba la cultura como materia de reflexión, está presente en las entrelíneas. La obra resultó de un encargo del editor José de Barros Martins en 1945, que se propuso la realización de una historia de la literatura brasileña en dos volúmenes. Se trataba, entre otras cosas, de engrosar el coro de los que se indignaron con el resultado del concurso antes mencionado.

El plano de fondo histórico más general de la apuesta, que acabaría desviándose de su objetivo inicial, sería el de la posguerra y la democratización brasileña (interrumpida en 1964), cuyo clima general pudo haber influido sobre la tesis relativamente optimista defendida en la obra. Ésta afirma la concreción de un movimiento histórico iniciado en el siglo XVIII, durante el Arcadismo, y concluido hacia finales del siglo XIX, por medio del Romanticismo. En esos dos siglos, la literatura brasileña se habría autonomizado progresivamente de la portuguesa, hecho comprobado, según el autor, por el surgimiento de un escritor tan sofisticado como Machado de Assis, equiparable a los maestros del romanticismo y del realismo europeos. Antonio Candido argumenta que las soluciones alcanzadas por ese autor deberían ser comprendidas a partir de sus predecesores brasileños, integrantes del “sistema literario” lentamente constituido. Sugiere, además, implícitamente, la precedencia y la centralidad de la literatura en el desarrollo y diferenciación de nuestra vida intelectual y artística, examinando la emergencia del ensayismo político en torno del proceso de independencia, y de la crítica literaria durante el romanticismo.

La noción de “sistema” es central en la argumentación desarrollada en la *Formação* y remite a la dimensión social e histórica de la literatura. Una pista que puede ser explorada concierne a la definición de religión construida por Émile Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912). El sociólogo francés consideraba las religiones como hechos sociales y las definía como “sistemas”, o sea, como totalidades formadas por partes interdependientes: las creencias y los ritos, compartidos por grupos sociales determinados, por iglesias. Al estudiar la literatura brasileña como sistema, el crítico la encaraba como hecho social, al menos cuando, vista a la distancia, se objetivaba en el conjunto de las obras producidas en un período de tiempo relativamente largo.

Pero lo que también interesaba a Antonio Candido era la posibilidad del juicio estético y la defensa de la “autonomía relativa” del texto literario. La literatura es definida en ese momento como un “sistema de obras ligadas por denominadores comunes”. La configuración progresiva del sistema dependería todavía de la existencia de una tradición intelectual lentamente constituida y continuamente alterada. En su esquema, las obras figuran en primer plano,

completando los vértices del triángulo, los llamados “denominadores comunes”, autores y público. No obstante, en la *Formação* el encuadramiento sociológico e histórico define el punto de vista general por medio del cual las obras son seleccionadas e interpretadas.

El formato del libro es notable porque favorece una lectura integral, a la vez que permite, también, concentrarse en los ensayos relativamente autónomos que lo componen. Se trata de una solución que encuadra a los escritores en la perspectiva histórica y sociológica, sin descuidar la intención propiamente crítica de juzgar las obras y a los autores de manera individualizada. En ese caso, los instrumentos movilizados en la interpretación varían en función de la obra en foco, método –entendido como una actitud adecuada a la comprensión del objeto literario– designado posteriormente por Antonio Candido como “crítica de vertientes”. En ciertos casos, la investigación debería apoyarse en el estudio de los condicionantes sociales o psíquicos envueltos en la “estructuración” del texto literario. En otros, el análisis podría prescindir de esas dimensiones y moverse solamente en el interior del texto, apuntando a esclarecer las lógicas envueltas en su organización formal.

Ésa sería la orientación general de los análisis realizados en la *Formação* y, sobre todo, en los escritos posteriores del autor. Más aun, se trata de un aspecto central del programa de investigaciones que Antonio Candido lideraría en las décadas siguientes, a partir del momento en que asume la cátedra de Teoría literaria y literatura comparada en la FFCL-USP, en 1961. Asumir la cátedra, después del pasaje por la Facultad de Filosofía de Assis entre 1958 y 1961, significó la conclusión de un itinerario personal que tenía como objetivo la transferencia hacia la carrera de Letras. No obstante, la posibilidad de continuar en la de sociología estaba de alguna manera prevista y esto puede deducirse no sólo de la tesis defendida, que comprobaba su enorme competencia como sociólogo, sino también del armazón sociológico de la *Formação*. En ese libro, por lo demás, se percibe la influencia indirecta de Roger Bastide, quien dictó un curso sobre sociología del arte a comienzos de la década de 1940, que en 1945 resultaría en la publicación de *Arte y Sociedad*.

Otro aspecto que merece ser considerado respecto de esa “migración institucional” se relaciona con el hecho de que, a partir de ese momento, Antonio Candido decidió asumir explícitamente el liderazgo de un programa colectivo de investigaciones, que le permitió ampliar el impacto de su obra. Como realizara Florestan Fernandes en la sociología, pero de manera más flexible, y con la ayuda de sus discípulos, entre los cuales se contaban Roberto Schwarz, Walnice Nogueira Galvão y Davi Arrigucci Jr., fijaría un nuevo y más exigente patrón de trabajo intelectual en la crítica literaria brasileña. En esa dirección, la *Formação* se constituyó como el núcleo de las formulaciones teóricas e interpretativas que orientarían los trabajos posteriores del autor y de su grupo, haciendo de la crítica literaria una especialidad en el interior de las ciencias humanas.

Pieza central en el conjunto de la obra de Antonio Candido, la *Formação* se relaciona con la mayoría de sus escritos anteriores y posteriores, que deben ser mencionados para tener una idea más completa de su trayectoria, de los temas que recorrió y de los desarrollos teóricos que proporcionó, no restringidos a la literatura brasileña. *Brigada ligeira* (1945) y *O observador literário* (1959) reúnen textos publicados por el crítico en diarios en las décadas de 1940 y 1950. *Tese e Antítese* (1964), *Literatura e Sociedade* (1965), *Vários Escritos* (1970), *A Educação pela Noite* (1987) y *O discurso e a cidade* (1993) recorren un itinerario cada vez más sofisticado, desde el punto de vista de las soluciones interpretativas sugeridas, orientadas por la ambición de realizar estudios “propiamente dialécticos” sobre los textos literarios.

Como vimos, por tanto, dos vertientes analíticas interactúan en la construcción de la *Formação*: una focaliza en la estructuración del texto literario (presuponiendo su autonomía relativa), la otra en la configuración de la literatura como sistema (movilizando directamente la perspectiva sociológica). Esa doble orientación, estética y sociológica, articuladas las dimensiones, constituiría a juicio del autor un análisis propiamente dialéctico, destinado a esclarecer en el mismo movimiento la realidad interna del texto y su relación de interdependencia con el medio social circundante. Tal perspectiva constituyó también el programa teórico de su grupo, permitiendo, por medio del énfasis en uno de los polos (los ejemplos de Roberto Schwarz y Davi Arrigucci son típicos), asimilar cierta “heterodoxia” en el conjunto de los trabajos realizados por el equipo.

IV

La comparación de las trayectorias de Adolfo Prieto y de Antonio Candido revela aspectos curiosos. El crítico brasileño comenzó su carrera académica en las ciencias sociales –enseñó Sociología en la USP hasta 1958–. La incorporación de los instrumentos analíticos de esa disciplina en su obra crítica se dio, por tanto, de manera convencional, al contrario de Adolfo Prieto, que se formó y enseñó en letras, y adquirió familiaridad con la sociología apenas como autodidacta. De cierta manera, recorrieron caminos invertidos: Antonio Candido transitando de la sociología hacia la crítica, Adolfo Prieto de la crítica a la sociología. Además, a diferencia del brasileño, en ningún momento de su carrera Prieto escribió para los diarios, afirmándose exclusivamente como crítico académico.

Esta última diferencia es reveladora de las modalidades de estructuración del espacio de la crítica literaria en cada caso. La crítica argentina tuvo, desde fines del siglo XIX, un punto de referencia decisivo en la universidad, especialmente en la carrera de letras de la FFYL de la UBA, sobre todo después de la misión extranjera centrada en la figura de Amado Alonso en los años treinta. En el caso brasileño, los diarios ocuparon, comparativamente, ese lugar hasta mediados de la década de 1950. Ciertamente, la prensa diaria también tenía importancia en la Argentina; pero el caso de *La Nación* sugiere su especificidad. Su suplemento cultural fue dirigido durante mucho tiempo por el escritor Eduardo Mallea y expresaba la perspectiva de los propios literatos.

De todos modos, Antonio Candido transitó (y realizó el pasaje) por los dos principales medios expresivos de la crítica brasileña del siglo XX, el diario, hasta mediados de los años sesenta, y la universidad, a partir de esa última fecha, y por medio de ellos construyó una identidad bifronte. Si la primera de esas fases fue condicionada sobre todo por la herencia social y cultural familiar, la segunda se explica por su experiencia universitaria, que inscribió en él disposiciones típicas del trabajo académico. Se debe notar que las incorporó en las ciencias sociales y no en las letras. El montaje de su grupo en los años sesenta se reflejó en los proyectos anteriores de Donald Pierson y Florestan Fernandes en sociología.

A diferencia de Candido, Adolfo Prieto no disponía de casi ningún recurso heredado de su familia y eso condicionó sus elecciones. La opción decidida por la carrera académica, desde que concluyó la graduación, fue una forma de superar esa desventaja. Con todo, el proyecto académico que pudo realizar hasta fines de los años sesenta enfrentó a dos fuertes oponentes: a los propios literatos (su libro sobre Borges es emblemático de esa disputa) y a la tradición ya establecida de la crítica académica. Por el contrario, Antonio Candido lidió con una situación

bien diferente, porque si hasta la década de 1960 no hubo una tradición académica fuerte en la crítica literaria brasileña, tuvo que imponer su proyecto académico en relación con la crítica tradicional de los diarios.

Finalmente, si la comparación de esos itinerarios revela la existencia de un desigual grado de reconocimiento intelectual obtenido por cada uno de ellos, tal diferencia debe ser comprendida, también, en función de la estructura de los campos intelectuales en los que estaban insertos (más específicamente, de la fuerza detenida por la crítica literaria en relación con la literatura), y de las posiciones que los autores ocuparon en el interior de cada sistema académico: Adolfo Prieto en la periferia, Antonio Candido en el centro. □

Resumen / Abstract

Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil

Aun cuando los procesos de modernización de la crítica literaria en la Argentina y el Brasil se inscribieron en tradiciones intelectuales y en organizaciones académicas distintas, en los dos casos, y casi al mismo tiempo, la crítica literaria se renovó a través de su relación con la sociología. En este sentido, dos trayectorias intelectuales, las de Adolfo Prieto y Antonio Candido, y dos emprendimientos culturales –las revistas *Contorno* (1953-1959) y *Clima* (1941-1944)– son examinados para aclarar la relación entre ambas disciplinas. Entretanto, si en las dos experiencias la renovación de la crítica siguió un camino análogo, sólo en el Brasil se impuso, en tanto actividad desarrollada en el interior de la universidad, como instancia reconocida de arbitraje de la producción literaria entre las décadas de 1950 y 1960. En otros términos, la consagración de Antonio Candido en la escena cultural brasileña no es equivalente a la que alcanzó Adolfo Prieto (o cualquier otro crítico durante el período) en la Argentina. ¿Por qué? La respuesta a este interrogante será explorada a partir de una hipótesis general que establece una correlación entre ascenso de la crítica literaria y pérdida de la centralidad de la literatura.

Palabras clave: campo intelectual, tradiciones intelectuales, organizaciones académicas, sociología, crítica literaria.

Fecha de recepción del original: 1/2/2011

Fecha de aceptación del original: 2/3/2011

Intersections. Literary criticism and sociology in Argentina and Brazil

In Argentina and Brazil, the modernization of literary criticism in the 1950s and 1960s developed in the context of different intellectual traditions and institutional organizations. However, in both countries, and almost at the same time, literary criticism was renewed through its contact with sociology. This article examines two intellectual trajectories – those of Adolfo Prieto and Antonio Candido – and two cultural magazines – *Contorno* (1953-1959) and *Clima* (1941-1944) – in order to analyze the relationship between these two academic disciplines. The renewal of literary criticism followed similar paths in both countries, but only in Brazil was it university-based, and fully recognized as the foremost intellectual authority concerning the literary production of the 1950s and 1960s. The consolidation of the figure of Antonio Candido in the Brazilian cultural scenario had no equivalent in Argentina, since neither Adolfo Prieto nor any other critic acquired a similar standing. Why? This article explores a possible answer to this question, focusing on the correlation between the process of consolidation of literary criticism and the loss of the centrality of literature.

Keywords: field of knowledge, intellectual traditions, academic organizations, sociology, literary criticism.